

Relatos mediterráneos

Historias que nos recuerdan
nuestro carácter hospitalario

Código de
Hospitalidad Mediterránea





TÚ ERES LA DIFERENCIA
Contagia tu hospitalidad



La vida está hecha de momentos que, cuando se cuentan, se convierten en historias. Somos nuestras propias historias, pero también las historias de nuestros antepasados, de nuestros pueblos, de nuestro Mediterráneo.

Los ocho relatos a continuación son pequeñas historias que reflejan los valores de nuestra hospitalidad, los que definen cómo recibimos, acogemos y atendemos a quienes nos visitan. Porque somos auténticos, alegres, inclusivos, confiables, innovadores, detallistas, sostenibles y, en definitiva, mediterráneos; estemos en el interior o en la costa de esta extraordinaria tierra.

“El turismo es viaje que requiere de la hospitalidad, precisamente porque es el mejor antídoto contra la vulnerabilidad que nos caracteriza como seres humanos, más aún en tierras extrañas”.

CÓDIGO ÉTICO DEL TURISMO VALENCIANO

CAPÍTULOS

1 SOMOS AUTÉNTICOS

La sopa de aire.

Pág 6-7

2 SOMOS ALEGRES

Pedro Cachorro y su equipo.

Pág 8-9

3 SOMOS INCLUSIVOS

El intruso. Pág 10-11

4 SOMOS CONFIABLES

Confitería de Vicente Martínez, proveedor de la Divina Majestad.

Pág 12-13

5 SOMOS INNOVADORES

Para desayunar, cruasán, café con leche e innovación.

Pág 14-15

6 SOMOS DETALLISTAS

Los regalos perfectos.

Pág 16-17

7 SOMOS SOSTENIBLES

Las dunas del progreso.

Pág 18-19

8 SOMOS MEDITERRÁNEOS

El malecón de las sirenas.

Pág 20-21



La sopa de aire

María, la dueña de un antiguo restaurante cercano a Requena, habla con una pareja de comensales sobre la textura y el sabor de un plato que les acaban de retirar, cuyo extraño nombre, sopa de aire, comparte con el local.

—MMMmm. Estaba riquísima, dice él.

—Natural, pero perfectamente equilibrada —corrobora la mujer—. Es lo más difícil de conseguir. Lo que no entiendo es el nombre. ¿Por qué se llama sopa de aire?

—Es una historia antigua —responde María, pasándose una mano por el delantal—. Le ocurrió a mi bisabuela hace muchos años en esta misma casa. Era huérfana por la guerra, joven y muy pobre. Una mañana llamó a la puerta un soldado hambriento y le pidió ayuda. Como ella no tenía nada, el soldado le pidió permiso para cocinar una sopa de aire, solo necesitaba una olla y un poco de agua. Mi abuela desconfiaba un poco, pero era un soldado guapo y no quería más que agua y el fuego para calentarla. Le dijo que sí. El soldado puso la olla en la lumbre. Al cabo de un rato, probó la sopa y chasqueó la lengua: —No está mal —dijo—, no está nada mal... Claro, si tuviera una pizca de sal, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos sal. —Es cierto —dijo mi abuela—, estoy en la miseria... Aunque, por un poco de sal...

El soldado cogió un pellizco de sal y lo echó dentro de la olla. Después removió la mezcla murmurando palabras extrañas que mi abuela no entendía. Luego, volvió a probar la sopa y a chasquear la lengua: —Vaya, no está mal —dijo— no está nada mal... Sin embargo, si tuviera una cebolla, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos cebolla. —Es cierto —dijo mi abuela—, estoy en la miseria... Aunque, total, por una cebolla... El soldado picó la cebolla, luego la acercó al fuego para asarla con la llama, la echó dentro de

la olla, otra vez volvió a murmurar sus palabras extrañas y ya en voz alta: —No está mal, no está nada mal... Sin embargo, si tuviera un puerro y una zanahoria, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos ni puerro ni zanahoria. —Es cierto —corroboró mi abuela—, estoy en la miseria, aunque, total, por un puerro y una zanahoria...

Esta misma operación se produjo después con un rábano, una hoja de col, una espinaca y un trozo de tocino, los echó en la sopa, murmuró extrañas palabras y chasqueó la lengua. Para entonces —pueden imaginarlo— la cocina olía como los ángeles.

—Bueno, yo creo que está lista —dijo al fin el soldado con la olla entre las manos. —No está mal —dijo—, no está nada mal... Si quiere, le invito a comer sopa de aire. Aunque, claro —el tono se hizo más insinuante— sería más fácil si tuviera dos platos. Pero como usted está en la miseria y no tiene platos, comeremos sin platos.

—Es cierto —dijo mi abuela, sonriendo—, estoy en la miseria... Aunque, total, por dos platos... Se fue a la despensa y volvió con los dos platos. El soldado los puso sobre la mesa y se dispuso a servir la sopa. Antes de empezar, se detuvo y dijo: —No está mal, no está nada mal... Sin embargo, si tuviésemos dos rebanadas de pan, estaría mucho mejor. Pero como usted... —Sí, ya sé —dijo mi abuela manteniendo el buen humor—, es cierto, estoy en la miseria. Y dicho esto, se fue a la despensa y volvió con el pan. El soldado cortó el pan, puso las rebanadas dentro de los platos y después sirvió la sopa encima con el cazo.

Y el soldado y mi abuela, uno enfrente del otro, se comieron la sopa y al final chasquearon la lengua. Luego se hizo un silencio y el soldado levantó la vista mirando a los ojos de mi abuela: —¿Qué le ha parecido la sopa? —Es cierto —respondió ella, ampliando la sonrisa—, no está mal, no está nada mal.

Y sin que el soldado hubiera dicho palabra, se levantó, fue a la despensa y volvió con una botella: —Estará mucho mejor con un buen vino.

De modo que el soldado y mi abuela, uno enfrente del otro, bebieron el vino y volvieron a chasquear la lengua.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó de nuevo el soldado pendiente de los ojos de mi abuela—.

—Me ha parecido —respondió ella—, que la sopa estaba muy buena. Y me parece que, si le interesa, puede quedarse aquí algún tiempo... Tengo mucho trabajo en la huerta y bastante paja en el establo para que se haga una buena cama. Allí podría dormir. Pero con una condición, —dijo estallando en una carcajada—: ¡Que todos los días me prepare una sopa de aire!

—Y así fue, concluye María. Un año después abrían este restaurante. Y claro, ¿qué nombre iban a poner?

—¡Qué auténtica su bisabuela! —dice la mujer—.

—Nada mal, ¿verdad? —responde María—.

—Efectivamente, no está mal. No está nada mal.

Nuestra identidad tiene el aroma y sabores de las vivencias de nuestros antepasados y el sabor de las propias. Compartirla enriquece tanto a quien la entrega como a quien la recibe.

Capítulo 1

SOMOS AUTÉNTICOS

Compartimos los valores que definen nuestra tierra con los visitantes.

Pedro Cachorro y su equipo

Pedro Cachorro, un muchacho de los campos del Maestrazgo, quería conocer mundo. Un día le dijo a su madre:

—Madre, quiero ver el mar, me voy a la costa a buscar trabajo.

Cuando iba de camino, se encontró con un grillo y le preguntó:

—¿Adónde vas, grillo?

Y el grillo contestó:

—Voy a la huerta de Benicàssim a comer tomates.

Entonces Pedro le dijo:

—Vente conmigo a buscar fortuna.

Siguieron andando y se encontraron con un escarabajo pelotero y le preguntaron:

—¿Adónde vas, escarabajo?

Y el escarabajo contestó:

—Voy a la granja de ganado a recoger comida para el invierno.

Y ellos dijeron:

—Vente con nosotros a buscar fortuna.

Siguieron andando y se encontraron con un ratón y le preguntaron:

—¿Adónde vas, ratón?

Y él les contestó:

—Voy en busca de grano a La Mancha porque ya han segado.

Entonces ellos le dijeron:

—Vente con nosotros a buscar fortuna.

Siguieron andando y llegaron a Peñíscola. Fueron al mercado y les explicaron que la corte estaba inmovilizada porque el rey estaba obsesionado por su hija, quien había contraído la enfermedad de la tristeza. Después de un año probando todos los remedios para que se alegrara, había puesto un cartel en la puerta del

castillo: «Quien haga reír a la princesa se casará con ella».

Fueron pasando por la puerta de palacio príncipes, duques, condes..., sin que nadie lograra hacer reír a la princesa.

Pedro y sus amigos se pusieron de acuerdo. Hicieron una carroza guiada por el ratón, como carretero, y tirada por el grillo y el escarabajo, que hacían de bueyes, y se dirigieron a palacio. En la puerta, los criados se burlaron de su aspecto, pero contra todo pronóstico, al verlos, la princesa se echó a reír. Pedro fue a ver al rey y este reconoció que tenía derecho a la mano de su hija. Sin embargo, no estaba contento, Pedro solo era un campesino y había superado la prueba muy fácil; además sólo había conseguido un estallido de alegría y, lo que era más importante, acababa de llegar un duque auténtico de Castilla con el que le interesaba aliarse.

De modo que mandó encerrar a Pedro y a sus animales en el hueco de la escalera, y alojó al duque en una estancia. Pedro y sus animales decidieron vengarse, había sido con ellos y no con el noble con quienes la princesa se había reído.

Cada noche uno de ellos se escapaba del hueco de la escalera y hacía una diablura al duque. La primera noche, el ratón le hizo cosquillas con su rabo en la nariz y no le dejó dormir en toda la noche. La noche siguiente el escarabajo se metió entre las sábanas y le picó en el culo. La siguiente, el grillo dio saltos y cantó sin parar toda la noche. Así, noche tras noche, al duque no lo dejaban en paz, y estaba de mal humor todo el día. A la princesa le divertían las maldades, pero se puso de nuevo triste, con ese hombre no tenía futuro. Cuando su padre le preguntó, le dijo que el único que le había hecho reír era el campesino. Tenía que casarse y vivir con él, y no con aquel noble tan soso.

Entonces el rey se dio cuenta de que su hija prefería a un hombre humilde, pero con el que se pudiera reír, que a un noble aburrido con todas sus riquezas. Y así fue como sacaron a Pedro del hueco de la escalera, quien se casó con la princesa y se quedó a vivir en palacio con el grillo, el escarabajo y el ratón.

Sabemos que la alegría es la fuente de la felicidad y que todos la buscamos cada día. No se necesitan grandes cosas para provocar una sonrisa y hacer feliz a quien nos visita.

Capítulo 2

SOMOS ALEGRES

Transmitimos al turista un estado de ánimo positivo y alegre.

Capítulo 3

SOMOS INCLUSIVOS

Aceptamos, respetamos y tratamos a todas las personas con la misma actitud.

El intruso

No hay acuerdo sobre el lugar donde ocurrió. Algunos dicen que fue en una universidad alemana y otros que en una facultad de Alicante. Da igual, el escenario es un comedor estudiantil bastante convencional y la protagonista, una alumna o un alumno de pelo castaño y piel clara, pongamos que una chica; una joven amable, moderna, comprometida, que viste de manera informal, aunque con estilo. Alguien que podrías ser tú misma, en quien te reconocerías o te gustaría reconocerte.

Imaginemos que lo eres. Tú misma. Una profesional del sector turístico yendo a almorzar a un comedor comunitario. Estás sola en la fila y terminas de servirte. Ya acabas, te vemos en el mostrador del autoservicio alzando la bandeja con el menú y luego volverte hacia la sala buscando una mesa vacía. Te vemos apoyar la chaqueta en el respaldo de una silla y empezar a sentarte. Sonríes, ¡qué cabeza la mía!, parece que te dices al advertir que no te falta de nada... excepto los cubiertos. Te diriges al mostrador y los coges.

Al darte la vuelta para regresar a tu mesa, descubres con estupor que un chico negro, probablemente subsahariano por su aspecto, se ha sentado en tu lugar y está comiendo de tu bandeja. De entrada, te sientes desconcertada y agredida, pero enseguida corriges tu pensamiento y supones que el africano no está acostumbrado al sentido de la propiedad privada y de la intimidad del europeo, o incluso que quizá no disponga de dinero suficiente para pagarse la comida. De modo que piensas un poco y decides sentarte frente al tipo y sonreírle amistosamente. Es una sonrisa bien intencionada pero también, admitámoslo, un tanto condescendiente. El chico contesta con otra blanca sonrisa. A continuación, tú comienzas a comer de la bandeja intentando aparentar la mayor normalidad, compartiéndola con exquisita generosidad y

cortesía con el chico negro. Todo marcha perfectamente, él se toma la ensalada, tú apuras la sopa, ambos pincháis paritariamente del mismo plato de estofado hasta acabarlo y uno da cuenta del yogur y la otra de la pieza de fruta. Todo ello trufado de múltiples sonrisas educadas, tímidas por parte del muchacho, suavemente alentadoras y comprensivas por parte tuya.

Acabado el almuerzo, el chico se levanta, quizá en busca de un café. Y entonces descubres, detrás del lugar que ocupaba el africano, tu chaqueta colocada sobre el respaldo de una silla y delante de ella, una bandeja de comida intacta sobre la mesa. ¡No es posible! Inmediatamente comprendes lo sucedido. Al mismo tiempo que caes en la cuenta, levantas la vista y contemplas a tu compañero, en la barra, llevándose una taza de café a los labios. Al encontrarse con tu mirada, el muchacho alza la taza como ofreciéndote invitarte o compartirla contigo. Tú, avergonzada, niegas con la cabeza mientras vas sumando las percepciones sobre quien ha sido el que dejaba comer de su bandeja al otro, sobre quien compartía, sobre quien ha sido inmensamente educado.

La hospitalidad empieza con la empatía, cuando nos reconocemos en el otro y nos ponemos en su lugar. Entonces cae la venda de nuestros prejuicios y vemos a las personas.

Confitería de Vicente Martínez, proveedor de la Divina Majestad

«Si usted creyera en Dios, en un Juez Supremo que había de pedirle cuentas de sus actos —le decía un filósofo a un confitero ilicitano—, haría usted unos confites mucho mejores que los que usted vende, y los daría más baratos, y ganaría mucho dinero, porque aumentaría considerablemente su clientela. Le conviene a usted creer en Dios». «¿Pero Dios existe, señor doctor?» —preguntó el confitero—. «Eso es cuestión baladí —replicó el filósofo—. Lo importante es que usted crea en Dios». «Pero ¿y si no puedo?» —volvió a preguntar el confitero—. «Tampoco eso tiene demasiada importancia. Basta con que usted quiera creer. Porque de ese modo, una de tres: o usted acaba por creer, o por creer que cree, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, o, en último caso, trabaja usted en sus confituras como si creyera. Y siempre vendrá a resultar que usted mejora el género que vende, en beneficio de su clientela y en el suyo propio».

El confitero no fue del todo insensible a las razones del filósofo. «Vuelva usted por aquí —le dijo—, dentro de unos días». Cuando volvió el filósofo encontró cambiada la muestra del confitero, que rezaba así: «Confitería de Vicente Martínez, proveedor de La Divina Majestad». El filósofo entró en la tienda y le dijo al confitero. «Está bien. Pero conviene saber si la calidad de los confites...» Y éste le respondió lo siguiente: «La calidad de los confites, en efecto, es la misma. Ya los fabricaba de la mejor manera posible, aprendí con mi padre y mi abuelo. Pero, como dice usted, eso no tiene importancia. Lo importante es que usted crea que sí ha mejorado, o que quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera».

La confianza es una expectativa que han depositado en nosotros, y para ganarla no basta con ser los mejores sino que además nos vean como los mejores. Al confitero le fue muy bien.

Capítulo 4

SOMOS CONFIABLES

Cumplimos las promesas a nuestros visitantes y cuando podemos...Vamos más allá.

Capítulo 5

SOMOS INNOVADORES

Nos adaptamos a las nuevas necesidades y comportamientos del turista de hoy.

Para desayunar, cruasán, café con leche e innovación

En un hotel cercano a la Gran Vía de Valencia, un cliente, muy temprano, se complace por la calidad del wifi de su habitación, haber podido pagar la cuenta con el móvil y, en general, por la modernidad del establecimiento a pesar de encontrarse en un edificio antiguo. El recepcionista le responde con una sonrisa:

—Está usted en Valencia, no le debe extrañar.

—Y qué tiene Valencia de particular, le pregunta, intrigado, el cliente.

—Hombre, lo llevamos en la sangre. Ahora tenemos el Museo de las Ciencias, pero hemos sido siempre avanzados. Tuvimos un antepasado ilustre que nos alecciona. Enrique de Villena, a quien llamaban el Astrólogo o el Nigromante. Fue el más importante alquimista del siglo XV. Escribió varios libros en Valencia, donde se retiró después de haber sido Gran Maestre de la Orden de Calatrava. También, aquí entra la leyenda, hay otros muchos libros que se le atribuyen o que se supone provienen de su famosa biblioteca. Todavía es más curiosa la carta que se supone escrita por los veinte sabios cordobeses a D. Enrique de Villena.

—¿Una carta?

—En tan estupendo documento se le atribuyen entre otras facultades la de embermejecer o enrojecer el sol con la piedra sanguinaria o heliotropia, es decir, una que gira alrededor del sol; adivinar el porvenir por medio de otra piedra, ésta de color púrpura con puntos amarillos, llamada chelonites; hacerse invisible con ayuda de la hierba andrómena, que no me pregunte porque no sé cuál es...

—¡Qué barbaridad!

—Sigo, sigo. También podía hacer tronar y llover a su antojo con un instrumento llamado baxillo de arambre, según creo, con forma de tubo de cobre dorado. E, incluso, congelar en forma esférica el aire, valiéndose de una hierba llamada

yelopía, que me parece que es la amapola de la que se extrae el opio.

—Asombroso. Podía hacer de todo.

—Sí. Pero no acaba aquí. En la respuesta a la carta, nuestro antepasado, don Enrique, refiere a sus discípulos un sueño alegórico, en el que se le aparece un sabio egipcio, inventor de la herméutica, a quien conocemos por su nombre griego, Hermes Trismegisto, es decir, el maestro universal de las ciencias. Viene montado sobre un pavo real y se detiene para entregarle en mano una pluma, una tabla con figuras geométricas, la llave de su palacio encantado, y, finalmente, la arqueta de las cuatro llaves, el lugar donde se encerraba el gran misterio alquímico.

El conserje hizo una pausa para que el cliente pudiera saborear las palabras.

—Ya ve usted. Tenemos que mantener el tipo como sea. —Volvió a sonreír—. No se impresione, lo he aprendido de memoria para clientes curiosos, como usted. Además, dice, extendiendo un brazo, nos importan más los detalles. Por favor, si tiene un minuto, le invitamos a café y cruasán. Hágame caso, los cruasanes son artesanales de verdad, se elaboran en un horno de aquí al lado.

—Gracias. Se lo diré a los amigos. En Valencia estuve en un hotel donde sirven para desayunar cruasán, café con leche e innovación.

Somos el resultado de numerosas culturas que nos han dejado su conocimiento ingenio y creatividad, los pilares de eso que ahora llaman innovación.

Los regalos perfectos

Le ocurrió hace muchos años a una joven pareja sin recursos de Morella durante la Navidad. Ella, terriblemente inquieta, da vueltas por la casa pensando en cómo podía arreglárselas para comprar algo bonito para su marido. No tiene dinero, apenas quince pesetas.

Pensando en varias ideas, acaba sentándose en el alfeizar de la ventana y comienza a cepillarse el cabello. Es su manera de concentrarse. Tiene el pelo largo y ondulado, formando bucles, con textura sedosa, de un color castaño claro con mechas naturales de tono rojizo. Desde que era pequeña le gusta peinarlo muy lentamente, casi con delectación. Se pasa las horas muertas. Ha sido siempre su tesoro. El otro tesoro del hogar es el reloj de plata de su marido, un reloj heredado, que fue de su abuelo y de su padre. Los dos están orgullosos de sus tesoros perfectos. Pero está llegando la Navidad y con tan poco dinero le puede la ansiedad.

Sin saber qué hacer, sale a la calle a tranquilizarse y ver si se le ocurre alguna idea. Mientras da una vuelta por el centro, se encuentra con un cartel sobre el cristal de una peluquería con el anuncio siguiente: “Se compran melenas sanas. Longitud mínima, 30 centímetros”. Ella mira su larga cabellera con resignación y se decide.

Sale de la peluquería con 250 pesetas, ahora ya puede hacer un buen regalo. Busca en varias tiendas y finalmente encuentra el regalo perfecto, una cadena de plata, simple, elegante, que proclama su valor por sí misma, para sustituir a la vieja correa de cuero del reloj de su marido. Vale 220 pesetas, le queda lo suficiente para volver a la peluquería, arreglarse un poco su nuevo corte y poder esperar con la sorpresa a su marido.

Cuando él llega a la casa, se queda inmóvil contemplándola. Ante el gesto de asombro, ella le explica que vendió el cabello porque no quería que pasara la Navidad sin hacerle un regalo. Él le contesta que le perdona por haberse asustado, no le importa que haya vendido el pelo, ya le entenderá cuando desenvuelva el paquete que trae en las manos. Ella pregunta ilusionada: ¡Ah, querido! ¿Me has traído un regalo tú también? Él afirma con la cabeza y se lo da.

Ella rasga el envoltorio a toda velocidad y descubre algo con lo que siempre había soñado, su marido es perceptivo... unas peinetas de carey para resaltar el volumen de sus peinados. Pero ella también es lista y no cambia de expresión, sigue manteniendo la misma sonrisa. “Espera, le dice, yo también tengo un regalo para ti”. Cuando él lo ve, le toma de las manos, le mira a los ojos y se acerca un poco más: “Querida, dejemos nuestros regalos de Navidad. Es mejor que los guardemos para más adelante”. “¿Por qué?, pregunta ella, ¿no te gusta la cadena? Te juro que no me importa haber perdido mi pelo”. “Ya,—responde él—, el problema es que yo he vendido el reloj para poder comprar las peinetas”.

Los detalles dejan huella en quien los recibe. Pequeños gestos que dicen grandes cosas de la persona que los ofrece y llenan el corazón de quien los recibe.

Capítulo 6

SOMOS DETALLISTAS

Cuidamos los detalles, aprovechamos cualquier oportunidad para que las personas se sientan bien.

Las dunas del progreso

Juan viaja con su abuelo Ernesto a un pueblito costero de Alicante, quien tuvo una casa cerca de la playa. Hace años que no viene, el desarrollo urbanístico le expulsó.

Se alojan en un hotel de las afueras, cerca de las dunas. Por la mañana salen a caminar y llegan hasta el final del paseo marítimo. El abuelo le señala, al fondo, un saliente de rocas repleto de edificios y ambos recuerdan con nostalgia cuando era un territorio virgen.

El abuelo es pesimista: “Entre todos vamos a acabar arruinando toda la costa”, dice. Juan le responde que los turistas empiezan a demandar otro tipo de experiencias. Ernesto pone cara de resignación: “¡Qué le vamos a hacer, es el progreso!” “¡Ah, no! —replica Juan—. El progreso es otra cosa. Se pueden hacer las cosas de otra manera”. “Ojalá, responde el abuelo, pero ya te desengañarás. La gente solo busca el negocio”.

El nieto no dice nada, pero por la tarde organiza su plan y en la cena le propone a Ernesto hacer una excursión. Salen a las siete y se dirigen al puerto. Les espera un pescador de la edad de Juan, cuyo nombre, Andrés, destaca en letras azules sobre la proa de un barquito que está detrás. Se presenta con sencillez y les señala que se trata del mismo nombre de su padre y de su abuelo, quienes le enseñaron el oficio: “Han estado a punto de acabar con nosotros con la maldita sobrepesca, pero ahora estamos revitalizando los sistemas artesanales” —les dice.

El abuelo le anima a continuar. “Bueno, dice Andrés, rascándose encima de la oreja. Somos una cooperativa que cree en la pesca sostenible. Gestionamos las capturas pensando que el mejor negocio es minimizar su impacto sobre el medio ambiente. Si preservamos los diferentes ecosistemas garantizamos el futuro de nuestros hijos. Hacemos un seguimiento de las poblaciones en las que pescamos, tratando de evitar especies sensibles o sobreexplotadas. Lo más im-

portante es utilizar artes de pesca que permitan minimizar los descartes. Yo utilizo, sobre todo, el palangre, una línea de anzuelos con cebo Unidos a intervalos regulares.

Andrés se vuelve a mirarlos y baja la cabeza. El tono de voz es firme: “Los pescadores sostenibles somos personas reales. La pesca es la forma que tenemos para alimentar a nuestras familias”.

Pasan la mañana pescando y por la tarde Juan le propone a su abuelo dar un paseo por las salinas. Han quedado al día siguiente con Andrés en la lonja para que les presente a sus compañeros de cooperativa.

Pasan así dos o tres días. Una noche, el dueño del hotel en el que están viviendo se acerca a su mesa a saludarlos. El abuelo le felicita por la calidad de las verduras. “Tenemos un huerto ecológico detrás”, les dice. “¿Es rentable?”, —le pregunta el abuelo— “Si le digo la verdad, todavía no —responde con una sonrisa—: pero me da igual. Verá usted —continúa, acercando un poco más la silla—, hace tres años estuve en un viaje por Ecuador y Perú. Allí conocí a un personaje que me hizo pensar las cosas de otra manera. Era un guía indígena. Él me comentó que muchas personas como yo se interesaban por los indios que murieron hace siglos y a la vez ignoraban a los indios actuales”.

“Muchas personas como usted —decía—, admiran las ruinas de nuestras ciudades y nuestros templos de la antigüedad, mientras asisten con los brazos cruzados al envenenamiento de los ríos y la tala de los bosques donde los indios viven en la actualidad. Muchas personas creen que no tenemos futuro, pero yo les digo que se equivocan. Mientras el mundo entero se empeña en suicidarse con su civilización de la codicia, somos los únicos que hemos sido capaces de perpetuar la identidad del hombre con la naturaleza. Nuestra cultura, a la que la cultura domi-

nante considera incultura, se niega a violar a la tierra. No la reduce a mercancía, no la convierte en objeto de uso y abuso. Para nosotros, la tierra no es una cosa. Para nosotros la tierra es sagrada”.

El abuelo asiente en silencio. De camino a la habitación se detiene, toma el brazo de su nieto y le dice: “Tienes razón, otro tipo de turismo es posible”.

¿Qué mundo le enseñaremos a nuestros nietos? Tomemos conciencia, como Juan, de la necesidad de preservar nuestro entorno. Tomemos conciencia, como el abuelo, de que aún estamos a tiempo.

Capítulo 7

SOMOS SOSTENIBLES

Contribuyendo a la recuperación y conservación de nuestro entorno y nuestras costumbres.

El Mediterráneo, el Mare Nostrum romano, cuna de civilizaciones, encuentro de gentes de norte y sur, oriente y occidente. Somos hospitalarios porque somos mediterráneos.

Capítulo 8

SOMOS MEDITERRÁNEOS

Compartimos nuestro espíritu cercano, cálido, tolerante, mestizo, apacible, generoso, creativo, tradicional, hedonista y emprendedor.

El Malecón de las sirenas

Hans ha venido en viaje de trabajo y regresa a su hotel cerca de Alicante. Son las cinco de la tarde, es su primera visita al sur de Europa. Sorprendido por el griterío de las grullas, se asoma por una ventana. Debajo, en el puente, hay un grupo de niños jugando. Es un día luminoso de febrero, el aire pintado de azul con pequeñas pinceladas horizontales de color naranja; Hans ha salido de Utrecht bajo la lluvia. Toma una decisión, se pone unas zapatillas y baja en busca de un taxista que hable inglés. Tiene suerte, lo encuentra en la puerta. Le pide dar un paseo por la costa y después, un buen restaurante para cenar. Vicente, el taxista, sonríe: “ha encontrado al hombre adecuado”. Le va a llevar al restaurante de su hermano.

—¿Su hermano es cocinero?

—En realidad es músico —responde Vicente encogiéndose de hombros—. Somos lo que podemos, lo que nos dejan ser. Ahora también es cocinero. Ya verá como le gusta. Se llama Malecón de las sirenas.

—Tiene razón, yo estudié psicología y la vida... ¿Usted, aparte de taxista...?

—Lo que le decía. Soy biólogo. A veces le propongo a mi hermano hacer cosas. Por ejemplo, los pescados que va a cenar son auténticos de temporada. Le tengo comprometido con la sostenibilidad...

—¿Hay mucha sobrepesca?

—Ahora menos, pero antes era horrible. Han desaparecido o al menos, disminuido, muchas especies. Él, desde el restaurante, tiene lo que yo llamo “el poder del tenedor”. Si decide servir unos pescados sobre otros, influye en las modas y, por tanto, en lo que se pesca.

Vicente sigue conduciendo hasta detenerse en un ángulo de la carretera para apreciar la vista del paisaje con el mar de fondo.

—Ya estamos llegando. También prepara algún plato con algas locales, las posidonias, muy típicas de esta parte del Mediterráneo. Es una planta sabrosa, muy longeva, hace poco lei de una entre Ibiza y Formentera con cerca de ocho

kilómetros de largo. Se llaman así por Poseidón, el dios del mar. Bueno, ¿qué le parece?

—Es la imagen que esperaba del Mediterráneo, —dice Hans—, aguas azules, limpias, rocas, pinos...

—Sí, puede que el Mediterráneo sea solamente un mar interior, pero lo llevamos dentro, es nuestra casa.

Conversando, llegan al restaurante, una edificación alargada con grandes ventanales situada sobre un promontorio de la costa. Los hermanos se saludan con afecto; es pronto, apenas las siete y media de la tarde y no hay casi clientes; se sientan en una mesa de la terraza.

Del fondo llega una melodía extraña, con una cadencia armoniosa, a veces estridente. Hans pregunta por ella.

—Ya le dije que eres músico. Cuéntale.

—Bueno, este lugar se llama el Malecón de las sirenas. Va de eso. Según la mitología griega, las sirenas atraían a los marineros con sus canticos y su belleza. He intentado aglutinar un poco todo, el canto hipnótico de las sirenas; el rumor sordo del mar; guitarras acústicas; voces, por ejemplo, el coro de una escolanía local o el llamamiento a la oración del Islam. Entre medias, de vez en cuando aparece el sonido de una sirena real...

—¡Ah!, ¿se sabe cómo era el canto de las sirenas?

—No, es un mito. Aunque un amigo que tiene una casa en Tabarca, una isla de por aquí, fortificada contra los piratas, sostiene que es el mismo de las caracolas, lo que se escucha cuando las acercas al oído. De hecho, lo he amplificado y está también en la melodía. —Se pone repentinamente serio y hace una pausa—: Con sonido real me refería a algo más cotidiano, a las sirenas de las ambulancias, de los servicios de emergencia.

—¡Qué interesante!

—También se oye el traqueteo de las palas de un helicóptero. La muerte y las guerras están asociadas con estas aguas. Quería juntar mu-

chas cosas.

—Todas las músicas de las sirenas. De ahí el nombre del restaurante, ¿no?

—Supongo que conocerá la historia de Homero. Ulises y sus compañeros deben pasar por delante de la isla de las sirenas. Como Ulises sabe que seducen a los marineros para matarlos, idea un plan. Pide a sus compañeros que se taponen los oídos con cera para no sucumbir a los cantos. A él deben atarlo al mástil del barco. Cuando el barco atraviesa la bahía, Ulises grita desesperado que lo liberen para irse con ellas, pero sus compañeros no le escuchan porque tienen los oídos taponados. De esta manera, Ulises consigue oír los canticos y evita ser asesinado por las sirenas.

—No recordaba los detalles —dice Hans, abriendo las palmas de las manos, como invitándole a continuar—.

—No hay mucho más, —reconoce el hermano—. Este es un lugar hermoso, que atrapa. A mi familia y a mí nos atrapó y nos gustaría que lo haga también con otros. No sé si tanto como la isla de las sirenas. Y, recuerde, soy músico. De modo que tenemos todos los ingredientes de la Odissea y uno añadido. Se puede disfrutar del paisaje y de la música con una buena comida...

—Claro, reconoce Hans, el muelle, el malecón.

—No busque demasiado, somos gente sencilla.

—Ya, dice Hans. Gente sencilla, pero de una cultura antigua.

—Exacto —concluye Vicente—, llevamos el poso del Mediterráneo en nuestro cerebro, como si tuviéramos una parte sumergida: las texturas, los aromas, la luz, los colores, los dioses, los mitos. Gente sencilla, sí, pero con un poco de agua salada en el corazón.



Escanea el código QR para acceder a nuestro sitio web para consultar actividades, descargarte el diploma de asistencia al curso y mucho más.



cursos.contagiahospitalitat.com

Contagia tu hospitalidad

Comparte tu foto con el hashtag

#ContagiaCV

Regala tu hospitalidad

de:

.....

para:

.....

Si tienes en la mano este libro de relatos es porque has asistido al taller de formación o porque alguien ha pensado en ti. Si es así ayúdanos a crecer la cadena de hospitalidad mediterránea. Regístrate en nuestra web cursos.contagiahospitalitat.com, comparte este libro y participa en los talleres de hospitalidad.



© Agència Valenciana del Turisme 2018

Textos: Pedro Jesús Fernández

Diseño: globaldit

Depósito legal: xxx xxxx xxx

SOY
EMBAJADORA
DE HOSPITALIDAD



GENERALITAT
VALENCIANA